El reloj de pared

- Papá, ¿tú crees en las hadas?

Los grandes ojos verdes de Natalia se clavaron en su padre mientras se tapaba la cara con la manta de su camita. El hombre se encontraba sentado en una silla junto a su cama de la niña de seis años y tenía en sus manos un libro sobre hadas que le estaba leyendo a su hija. El padre se rascó la cabeza mientras lo cerraba y depositaba sobre sus rodillas, pensando qué poder contestarle a su hijita.

- Bueno – comenzó a contestar vagamente el padre –, las hadas son… unos seres fantásticos… ¡Quiero decir que pertenecen al mundo de la fantasía!
- ¿Pero crees o no crees que existan?
- Eeeeeeeeh…

La madre entró en ese momento en el dormitorio de Natalia.

- Papá ni cree ni deja de creer, cariño – intervino con una sonrisa.
- Eso no es lo que he preguntado – protestó Natalia.
- Las hadas no existen, Natalia – aseguró el padre –. Pero, hay gente que sí que cree en su existencia.
- Yo sí creo – aseveró la niña con los ojos muy abiertos –. Las he visto.
- ¿Ah, sí? – le preguntó su madre – ¿Y cuándo las has visto?
- Todas las noches – afirmó Natalia.
- ¿Todas las noches? – inquirió su padre.
- Sí; son mis amigas.
- Así que son tus amigas, ¿eh? – sonrió su madre mientras le acariciaba su pelo zanahoria –. ¿Y dónde están tus amigas? ¿Vienen por la ventana?
- No; viven en el reloj de cuco.

Ambos padres se volvieron con curiosidad hacia el reloj que estaba en la pared. Simulaba una casa tirolesa en cuyo tejado de madera había cuatro figuras que representaban a cuatro hadas; una amarilla, una roja, una verde y otra azul.

- ¡Ah, claro! – exclamó el padre con una amplia sonrisa – No me acordaba de tu reloj.
- ¡Es verdad! – protestó Natalia.
- Bueno – cortó la madre –, ha llegado la hora de dormir, cielo, así que se acabaron las hadas por hoy que mañana hay que ir otra vez al colegio.

- ¡Nunca creéis nada de lo que os digo – murmuró Natalia enfadada tapándose la cabeza con su edredón.
- Vamos, Natalia; las hadas no existen – le dijo su madre destapándola para darle un beso –. Son seres imaginarios que sólo viven en los cuentos y en la fantasía de los niños.
- ¡Pues yo digo que existe! – insistió la niña dándose la vuelta hacia el lado contrario en el que estaban sus padres.
- Bueno, y ahora a dormir, que ya es muy tarde – sentenció su padre.
- Buenas noches, mi vida – dijo la madre.

Acto seguido, ambos padres apagaron la luz de la habitación y cerraron la puerta al salir. Natalia se quedó en la cama con los brazos cruzados y el ceño fruncido, mascullando su enfurruñamiento bajo la única luz que había en la habitación que era la de la luna entrando por la ventana. Miró su reloj y suspiró. En ese momento, dio las nueve de la noche, asomándose el cuco por su ventanita ocho veces mientras las figuritas de las hadas se movían en el tejado del reloj. ¡Ya podían ser de verdad y volar por la habitación para demostrar a sus padres que existían! Se dio la vuelta y cerró los ojos. Estaba tan contrariada que le costó conciliar el sueño.

De repente, un murmullo de risitas, vocecitas y zumbidos la despertó. Abrió un ojo y miró por a su alrededor pero no vio nada. Volvió a cerrar el ojo y a intentar volver a dormirse y volvió a escuchar lo mismo que antes. Esta vez se incorporó en la cama un poco asustada. Entonces se sobresaltó al oír como caía un libro de su estantería sobre su escritorio. Y entonces escuchó claramente una vocecita.

- ¡Mirad! Un libro que habla de nosotras.

La vocecita sonaba alegre al igual que el murmullo que le siguió. Natalia encendió la luz de su mesilla, mitad asustada, mitad curiosa. Vio el libro abierto sobre su escritorio pero no vio nada más. ¡O eso le pareció a ella! Había… había una figurita muy pequeña tumbada sobre el libro. Natalia se frotó los ojos creyendo que estaba viendo visiones.

- Estamos aquí – le dijo otra vocecita a su espalda.

Natalia se volvió hacia el otro lado y sobre su almohada había tres figuritas sonrientes de no más de cinco centímetro de altura. Una era de color amarillo, con una larguísima melena, otra de color rojo, con aspecto de ser más seria que las demás y con una diadema con una rosa en su pelo, y la otra de color azul, con una gran sonrisa en su boca, una mirada traviesa y una melenita corta, todas con un trajecito que parecía estar hecho con hojas de árbol del mismo color que ellas. La niña las miraba con los ojos y la boca muy abiertos.

- ¿Qui… quiénes sois? – acertó a preguntar con un hilo de voz.

- Somos tus hadas – dijo el hada de color rojo.
- ¿Mis hadas? – repitió Natalia extrañada.
- Sí, tus hadas – explicó el hada azul señalando el reloj de pared.

Natalia miró en la dirección que indicaba el hada azul y vio que sobre el tejado de su reloj ya no había nada ni nadie. Se volvió hacia las hadas con gesto interrogatorio pero sin poder articular una sola palabra.

- Yo soy Rosenrot – se presentó el hada roja –, ella es Gelbentulpe, ella es Blauesasper y ella…

Una cuarta hada, toda de color verde, se estrelló en la blanda almohada.

- …ella es Grünesgrass – dijo Rosenrot con un suspiro.
- También es la "miope" – comentó divertida Blauesasper.
- No seas descarada – le recriminó Rosenrot.
- Pero si es verdad – se defendió Blauesasper.

Mientras, Grünesgrass, sentada sobre la almohada, observaba a Natalia.

- ¿Y tú, quién eres? – preguntó mientras se ponía unas gafas que había sacado de su vestido y se arreglaba el pelo.
- Me llamo Natalia.
- ¡Natalia! – exclamó Gelbentulpe – Me encanta ese nombre.
- A ti te "encantan" todos los nombres – comentó Blauesasper, arrugando su naricita en una mueca de burla.
- No seas fresca – le reprochó Rosenrot.
- Pero si es verdad – volvió a defenderse Blauesasper.
- ¿De dónde habéis salido?
- De tu reloj de pared – contestó Grünesgrass.
- ¿Vivís en el reloj de pared?
- Nooooo; sólo entramos por él – respondió Rosenrot.
- ¿Y qué buscáis aquí?
- Yo busco tus libros – afirmó Grünesgrass –; me encanta la lectura.
- Por eso es miope – intervino Blauesasper.
- ¡Vale ya! – le recriminó Rosenrot.
- Pero… – iba a empezar a decir Blauesasper pero la severa mirada de Rosenrot le hizo callar.
- Yo adoro tu espejo – confesó Gelbentulpe.
- Se pasa la noche mirándose en ellos – explicó Blauesasper mirando de reojo a Rosenrot.
- ¿Y tú, qué buscas?
- ¿Yo? Yo soy un espíritu libre y me encanta revolotear libremente por esta habitación, especialmente alrededor de esa lámpara que emite sombras con forma de estrellas, nubes, brujas, lunas, barcos…
- Sólo hay una luna y una bruja – le corrigió Rosenrot.

- ¿Y qué más da? – protestó Blauesasper.
- Hay que ser exactos en lo que se dice – explicó Rosenrot muy ufana.
- A mí, eso no me importa.
- ¿Y qué hay al otro lado? – preguntó Natalia con curiosidad.
- ¿Te refieres al otro lado del reloj? – preguntó Grünesgrass.
- Sí.
- Pues ahí está nuestro mundo – contestó Gelbentulpe –, nuestro maravilloso y querido mundo.
- Ahí es donde vivimos – añadió Blauesasper.
- Ahí está nuestra casa – suspiró Grünesgrass.
- ¿Y cómo es vuestra casa? – inquirió Natalia con los ojos muy abiertos.
- Pues es un bosque donde hay ardillas, pajaritos, setas, muchas flores… – describió Rosenrot vagamente.
- ¿Te gustaría conocerlo? – ofreció Blauesasper.
- Oye… – protestó Rosenrot.
- ¿Podría? – casi pidió Natalia con audible emoción en su voz.
- ¡Claro que sí! – accedió Grünesgrass.
- Yo no lo veo tan claro – musitó Rosenrot.
- Es que tú nunca ves nada claro – suspiró Blauesasper.
- A mí me parece una idea estupenda – exclamó Gelbentulpe entusiasmada.
- ¡Pues ya está! – decidió Blauesasper.
- Venga, Rosenrot, será divertido – dijo Grünesgrass tratando de convencer al hada seria.
- ¡Por favor! – rogó Natalia – ¡Quiero ir!
- No sé…

Rosenrot torció la boca mientras se acariciaba la barbilla pensativamente y miraba alternativamente a sus tres compañeras.

- ¡Vale! ¡Está bien! Pero yo no me hago cargo de las consecuencias.
- ¡¡¡Bieeeeeeeeeenn!!! – celebraron las otras tres y Natalia.
- Pero, ¿cómo voy a pasar por esa puerta tan pequeña? – preguntó Natalia.
- Con un poco de magia – respondió Blauesasper –. Ahora quédate muy quieta y no te muevas.
- Y cierra los ojos – añadió Gelbentulpe.
- Eso no es necesario – corrigió Rosenrot.
- ¡No seas “plasta”! – recriminó Blauesasper – Tú cierra los ojos y déjanos hacer a nosotras.

Natalia cerró los ojos. Las hadas comenzaron a volar alrededor de ella y arrojaron polvo sobre la niña, cada una en su color.

- Ya puedes abrir los ojos – le indicó Grünesgrass.

La niña los abrió y miró a su alrededor. O las hadas habían crecido mucho o ella había menguado una barbaridad, y le miraban con una amplia sonrisa. Pero, entonces, se dio cuenta de que estaba sobre su propia almohada. Y tenía una sensación rara en la espalda; no era una sensación molesta sino extraña. Miró sobre su hombro y observó con sorpresa que tenía alas, unas alas como las de las libélulas. Sin saber muy bien cómo, las desplegó.

- Ahora eres una de las nuestras – le informó Gelbentulpe.
- ¡Qué pasada! ¿Y cómo hago ahora para volar?
- Cuando quieres andar, ¿lo piensas? – le preguntó Grünesgrass.
- No.
- Pues para volar, lo mismo; piensa en volar y volarás – le dijo Gelbentulpe echando a volar como invitando a Natalia a imitarla.

La niña dudó un momento pero luego deseó volar y sus alas comenzaron a moverse comenzando a elevarse. ¡Estaba volando! De pronto se sintió insegura y cayó sobre la blanda almohada.

- No tienes nada que temer – le animó Blauesasper –; tus alas te responderán siempre.
- Pero es que no he volado nunca.
- Podemos ensayar un poco – decidió Rosenrot tomando la palabra –. Eso te ayudaría a tener más confianza.
- Nosotras llevamos mucho tiempo volando – intervino Gelbentulpe aterrizando junto a Natalia – y lo hemos hecho desde que nacimos. ¡Es muy fácil!

Natalia volvió a agitar sus alas y a volar sobre la cama acompañada desde muy cerca por las otras cuatro hadas. Así estuvieron unos minutos hasta que la niña cogió la confianza suficiente.

- Ya estoy lista – anunció levantando los brazos triunfalmente.
- ¡Pues vamos! – animó Blauesasper con alegría.

Y todas levantaron el vuelo hacia el reloj de pared dirigiéndose directamente hacia la portezuela del cuco, que se abrió para permitir su acceso al interior. Pasaron junto al pájaro de madera que ahora se le antojaba enorme a la niña. Cuando se cerró la puerta se quedaron a oscuras pero descubrió que sus nuevas amigas resplandecían en la oscuridad con lo que era fácil seguirlas. De todas maneras, Gelbentulpe volaba a su lado para ayudarla en cualquier situación. Estuvieron un rato volando en la oscuridad, dando vueltas a un lado y otro mientras Natalia pensaba para sus adentros que, si aquello era el interior del reloj, era realmente enorme.

Por fin, a lo lejos apareció un punto de luz que iba creciendo a medida que se acercaban a él hasta que aparecieron en un bosque, pero un bosque… ¿cómo

podría describirlo? Los árboles eran diferentes tipos de abetos gruesos y altos, todo estaba lleno de setas de diferentes colores y tamaños, había flores de gran tamaño y diferentes formas y colores por todas partes entre las que volaban pájaros y mariposas multicolores.… Sí, era un bosque, pero no parecía un bosque normal, de esos que conocemos. ¿Cómo explicar la diferencia? ¡Ah, sí! Los colores eran más vivos, más brillantes. ¿Y la luz…? Era un bosque impenetrable que impedía la visión del sol y, sin embargo, se veía perfectamente, como si hubieran encendido bombillas translúcidas, como esas que se venden en las tiendas, de colores cálidos, disimuladas detrás de… ¿de qué? No era posible adivinarlo. ¡Vamos!, que la luz que inundaba el bosque parecía formar parte del mismo. ¡Una sensación extraña!, pero muy agradable.

Blauesasper se tumbó cómodamente en los pétalos de una flor azul en la que resultaba muy difícil descubrirla.

- Este es el lugar más cómodo que conozco – reconoció el hada azul.
- ¡Ya saltó la comodona! – suspiró Rosenrot.
- A mí también me gusta tumbarme en las flores – dijo Gelbentulpe, haciendo lo propio en una flor amarilla.
- ¿Es así como pensáis enseñarle a Natalia nuestra casa? – recriminó Grünesgrass colocándose bien las gafas.
- Sí, claro – dijo Blauesasper levantándose de su cómoda “tumbona”.
- ¡Por supuesto! – añadió Gelbentupe sonriendo ampliamente, encogiéndose de hombros y abriendo las manos en señal de disculpa.
- ¡Ven! – decidió Grünesgrass cogiendo a Natalia de la mano.

Ambas volaron por entre los árboles seguidas por las demás hadas, hasta que llegaron se posaron en una seta. Las otras hadas se posaron en otras setas.

- ¿Y qué hay aquí? – preguntó Natalia mirando a todas partes con curiosidad.
- ¿Cómo que qué hay aquí? – le respondió una voz con tono molesto, que salía de debajo de ella.

Natalia miró sorprendida hacia el lugar de donde salía la voz y no vio a nadie.

- Si no te pones delante, no me vas a poder ver – siguió la extraña voz.

Mientras, las otras hadas se tapaban la boca muertas de risa, hasta la seria Rosenrot, todas menos Grünesgrass.

- No os riáis – les recriminó el hada verde con el ceño fruncido –; aun no le hemos dicho donde se encuentra.
- Pues esta hada pelirroja se encuentra pisando mi cabeza – volvió a decir la misteriosa voz –. Aterriza delante de mí para que te pueda ver.

Natalia voló hasta posarse delante de la gran seta marrón. Entonces observó que tenía boca y ojos muy grandes que le observaban con cierta severidad a través de unas gafas.

- ¡Uy!, lo siento – acertó a decir Natalia –. No sabía que estaba sobre alguien.
- ¡Hum! ¡Está bien, mi pequeña hada! Por esta vez, perdonaré tu impertinencia.
- ¿Y qué lugar es este? – volvió a preguntar Natalia mirando a su alrededor.
- Pues este es el lugar donde viven las setas más sabias del mundo – explicó Grünesgrass –. Lo que ellas no sepan no lo sabe nadie.
- Así es – confirmó la seta muy ufana –. Llevamos tanto tiempo en este lugar que lo sabemos todo.
- Pero para aprender hay que moverse – afirmó Natalia.
- ¡Uy! Moverse, dice. Para aprender, lo que hay que tener son las orejitas bien abiertas, listas para escuchar todo lo que se dice a nuestro alrededor. Aquí llega gente de muy diversos lugares y habla de todo. Lo que una de nosotras escucha, lo transmite inmediatamente a las demás. Así que, cuando alguien necesita una respuesta, un consejo, o algo similar, viene a nosotras a preguntarnos. ¿Qué te parece?
- Grünesgrass va por las diferentes bibliotecas leyendo cosas y también es muy sabia.
- Grünesgrass sabe leer y se mueve, mi pequeña inexperta – explicó la seta –. Nosotras no sabemos leer ni nos movemos pero sabemos escuchar y tenemos una gran memoria.
- Y nosotros también – dijo una voz profunda sobre sus cabezas.

Se trataba de un gran roble, que tenía dos ramas cruzadas, a semejanza de brazos.

- ¡Un árbol que habla! – exclamó Natalia con la boca y los ojos muy abiertos.
- ¿De qué te asombras? – repuso el roble – Tú también hablas y no me resulta extraño.
- Es que… nunca había visto un… árbol que hablara.
- ¿Pero qué clase de hada eres tú?
- Una muy especial – intervino Rosenrot – que todavía tiene mucho que aprender.
- Hum – refunfuñó el roble no demasiado convencido.
- ¡Anda!, vamos al campo de las cañas musicales – apremió Blauesasper entre risitas, cogiendo a Natalia de la mano para iniciar el vuelo.
- ¿Cañas musicales? – preguntó la niña iniciando el vuelo para seguir a sus anfitrionas.
- ¿Siempre lo preguntas todo? – casi reprochó Gelbentulpe.

- Es que… bueno, ya no digo más.

Atravesaron el bosque volando rodeados de mariposas y pájaros multicolores que Natalia nunca antes había visto, y, por observarlos, casi se estrella un par de veces, cosa que evitó Blauesasper, muy atenta a las evoluciones del aprendiz de hada.

- Debes estar más atenta cuando vueles – le recriminó Rosenrot.

Blauesasper le guiñó un ojo a Natalia como dando a entender que debía de hacer caso de lo que el hada roja le indicaba.

Poco después llegaron a un claro del bosque que estaba cubierto por cañas, como las de azúcar, pero de distintas alturas. Pero lo realmente curioso es que, cada vez que soplaba el viento, las cañas hacían una melodía, cada vez una diferente. Y cuando sonaba la melodía, las hadas se ponían a bailar. Poco a poco, Natalia fue entrando en las danzas de sus nuevas amigas y cuando más entregada estaba a divertirse con sus amigas, oyó una voz familiar que le llamaba.

- Natalia…Natalia…

Era la voz de su madre. ¿Su madre? ¿Cómo podía ser?

- Y aun no has visto nada – le dijo Grünesgrass.
- ¿Qué te ocurre? – le preguntó Blauesasper, viendo que Natalia perdía la concentración.
- Me llama mi madre.
- ¿Te llama tu madre? – le preguntó Rosenrot.

Y lo siguiente que ocurrió es que todo aquel lugar desapareció y, abriendo un ojo, descubrió que volvía a estar en su cama y que la luz del sol entraba por la ventana. Su madre estaba sentada en el borde de su camita.

- ¡Vaya, por fin abres los ojos, mi amor!
- ¿Estoy en casa? – preguntó la niña.
- ¡Claro! ¿Dónde ibas a estar?
- Estaba en un bosque donde las setas y los árboles hablaban y un sitio donde el viento hacía sonar las cañas con diversas melodías, y bailábamos…
- ¿Quiénes bailabais?
- Mis amigas, las hadas, y yo.

La madre acarició su rizada cabeza esbozando una gran sonrisa.

- ¡Qué sueño más bonito!
- No ha sido un sueño, mamá; ha ocurrido de verdad.

- Por supuesto, cariño. ¡Venga! Levántate que hay que ir al colegio. Te espero en la cocina.

Natalia se incorporó y miró su reloj de pared. Ahí estaban las hadas, inmóviles sobre el tejado del reloj. La niña suspiró. Y cuando se iba a levantar, notó que tenía algo distinto en la espalda. Abrió mucho los ojos y descubrió que tenía alas, cuatro alas largas como las de las libélulas. Volvió rápidamente la cabeza hacia su reloj y vio que el hada azul le guiñaba un ojo… ¡Había sido verdad!